97-84160-14

Zetina, Carlos B.

Capital y trabajo

México

[1922]

97-84160-14
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD

308
Z
Box 692 Zetina, Carlos B
Capital y trabajo; conferencia sustenada por ... Carlos B. Zetina ... el 21 de agosto de 1922 ... Opiniones y comentarios de la prensa y particulares. Mexico, D.F., Talleres linotipograficos "Soria" [1922]
3 p. l., [3]-40 p. port.

452245

ONLY ED.

RESTRICTIONS ON USE: Reproductions may not be made without permission from Columbia University Libraries.

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 mm REDUCTION RATIO: 11:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 8-11-97 INITIALS: PB

TRACKING # : 26671

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

CAPITAL Y TRABAJO

CONFERENCIA SUSTENTADA EN EL SALON DE ACTOS DE LA ESCUELA

NACIONAL DE INGENIEROS POR EL SEÑOR DON

CARLOS B. ZETINA

Director General de la Fábrica de Calzado

"EXCELSIOR"

el 21 de Agosto de 1922

OPINIONES Y COMENTARIOS DE LA PRENSA

Y PARTICULARES

TALLERES LINOTIPOGRAFICOS "SORIA".
1a. Colombia No. 1.—México, D. F.

CAPITAL Y TRABAJO

Conferencia sustentada por el señor
D. Carlos B. Zetina, Director General
de la Fábrica de Calzado
"EXCELSIOR"
el 21 de agosto de 1922
en el Salón de Actos de la Escuela Nacional
de Ingenieros.

OPINIONES Y COMENTARIOS
DE LA
PRENSA Y PARTICULARES

308
Z
Bonf 692

TALLERES LINOTIPOGRAFICOS "SORIA".
1a. Colombia No. 1.—México, D. F.

FRANK TANNENBAUM
FEB 15 1938

MAY 2 1945 PCR

SEÑOR DON CARLOS B. ZETINA,

DIRECTOR GENERAL DE LA FABRICA DE CALZADO

"EXCELSIOR"

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

FRANK TANNENBAUM
FEB 15 1938

MAY 2 - 1945 BCR

SEÑOR DON CARLOS B. ZETINA,

DIRECTOR GENERAL DE LA FABRICA DE CALZADO

"EXCELSIOR"

PROEMIO

Debido a una distinción, que nunca podré agradecer lo bastante, me ha tocado en suerte apartar el follaje que cubre esta fuente llena de enseñanzas y a la que habrán de acercarse las inteligencias sedientas de luz y de justicia para abrevarse en sus aguas frescas y cristalinas; y abusando de toda la bondad que me ofrece esa distinción, me dispongo a cumplir.

El último incendio que en la Europa interrumpió la antigua vida de aquellas naciones, dejó en el ambiente mundial un hálito en el que palpita la suprema ansiedad por el advenimiento de una Sociedad Nueva edificada sobre la base de un justo equilibrio; exenta de las eternas dictaduras, unas veces el cetro de los reyes y otra la escarapela de las revoluciones, pero que siempre han ahogado los gritos de libertad y de progreso de la Humanidad. Una sociedad llena de paz y amor tal como lo predicaba el Cristo en sus bíblicas andanzas.

Las orientaciones de este estado moderno no toca determinarlas al criterio unilateral de los políticos o revolucionarios porque estos lógica y humanamente procurarían la hegemonía de su medio. es decir, prolongarían las viejas opresiones con nuevos nombres. No; toca a los criterios amplios cuya ecuanimidad, se ha templado al calor de una vida intensa y en este punto descansa el interés de la conferencia del Sr. Zetina, ella es la voz de una experiencia inteligentemente elaborada y justamente triunfadora.

Lleno de la confianza que da el conocimiento perfecto de las empresas que se acometen, abordó un tema que constituye por sí solo uno de los más arduos problemas nuevos; y lo hizo con tal acierto que sus postulados han sido proclamados bandera del mejoramiento a que aspira la clase trabajadora; lo que equivale a declararlo "un avanzado en el actual sistema de cosas.

Yo por mi parte conceptúo que es el más capacitado para señalar con su experta mano los senderos de victoria en la conquista de las Sociedades Nuevas, y no pudiendo por mi insignificancia rendir el homenaje que quisiera, me conformo con corear los elogios merecidamente formulados por quienes saben y pueden más que yo.

Prof. JUAN P. ARROYO.

Señores:

Si para llegar al lugar en donde me encuentro en estos momentos, fuera indispensable poseer dotes de índole oratoria, de seguro no estaría aquí; pero afortunadamente cuando se trata de ayudar a la tranquilidad y al progreso del país, como en el presente caso, sólo se necesita buena voluntad; y de aquí que haya aceptado gustoso la invitación que se me hizo.

Ruego a Ustedes que abriguen la seguridad de que al verter mis ideas y mis palabras, lo hago con la esperanza de que siquiera una de ellas lleve al fondo de su conciencia y de su corazón un rayo de luz, que, aunque insignificante, descubra los tropiezos que hasta hoy han obstruido el paso de la tranquilidad de todos y la felicidad de mi país.

Bien sé que para tratar estos problemas por lo complejos que han sido y que aún son, hay que llegar al corazón de los hombres; sé así mismo que esto implica tener una vasta inteligencia, una ilustración completa y conocimientos psicológicos profundos, atribuciones todas de las que yo carezco; pero puedo alegar a mi favor que los conceptos que voy a exponer están inspirados en la experiencia personal y en la buena voluntad que siempre he manifestado. Cuento también con la benevolencia de mi auditorio; por lo tanto espero de su bondad que además de escucharme con suficiente paciencia, me dispensen los errores que pueda cometer.

En el seno de la Confederación de Cámaras Industriales se ha creado el instituto de ESTUDIOS Y REFORMAS SOCIALES que tiene por objeto cooperar de una manera honrada y sin prejuicio de ninguna especie a la solución, en la República, de la mejor manera posible, del llamado "problema obrero" estudiando todas nuestras leyes y sus reformas que tiendan a satisfacer conscientemente los deseos justos del proletariado dentro de la mejor armonía, de derechos, obligaciones e intereses de patrones y obreros. La creación del Instituto ha sido bien recibida por parte de todos los elementos industriales, por el Gobierno mismo y por todas las personas en general que están atentas al curso que sigue la cuestión social;

y tengo para mí que este beneplácito es la manifestación más clara del ardiente deseo que reina en donde quiera por ver en perfecta armonía al Trabajo con el Capital, lo que por otra parte sólo es cuestión de justicia y buena voluntad. A lo menos así pienso yo que tengo la fe puesta en el futuro.

"IMPROVISACION".

Antes de entrar en materia y para que Uds. se den mejor cuenta del por qué de mis ideas, deseo decir unas cuantas palabras acerca de los rasgos más salientes de mi vida que sirvieron para formar mi carácter y me obligaron, por consecuencia, a pensar y sentir como pienso y siento.

Tocóme en suerte ver la luz primera en el pueblo de San Andrés Chalchicomula, Estado de Puebla, y no llegaba aún a cumplir los diez años cuando tuve la desgracia de perder a mi padre; mi buena madre, obligada por las necesidades, fué buscando acomodo para cada uno de los huérfanos y con infinidad de penalidades lo consiguió para los mayores. Yo que era el menor resultaba el más difícil de colocar; pero por fortuna mi tío don Bernardo Zetina me recomendó con un íntimo amigo suyo don Lorenzo J. Osorio, comerciante establecido en Puebla, quien gustoso oyó la recomendación ofreciendo aceptarme en el seno de su familia.

Mi madre con todo dolor de su corazón y con miles de sacrificios para hacer los gastos de viaje, me sacó de mi pueblo y me llevó a aquella Capital del Estado, donde encontramos a mi protector, quien desde luego me llevó con un señor don José de Jesús Ponce, propietario de una tienda de abarrotes que aún existe en la esquina de las calles de Zambrano y Cruz de Piedra ; en aquella tienda cuyo dueño era mexicano, comencé a aprender a trabajar, al mismo tiempo que me enseñaba a llevar los sufrimientos de la orfandad.

Poco más de un año, estuve como meritorio y sólo se me pagaba con los alimentos; pero después se me asignó un sueldo de $6.00 mensuales; a los dos años siguientes se me pagaron $8.00 y después de otro período semejante tuve un sueldo de $16.00. Estos aumentos de mi sueldo no eran enteramente espontáneos de parte del patrón, no; sino que mi protector el señor Osorio tenía que ir después de cada año a luchar casi a brazo partido con el señor Ponce para conseguir

que se me aumentase algo. Recuerdo que entre muchos de los pretextos que ponía para no aumentármelo era el que siendo tan pequeño no dejaba de jugar y hacía muchos perjuicios, los que consistían principalmente en romper garrafones y frascos, y agregaba aquel buen señor con mucho énfasis: "y no vacíos, sino con líquidos." A pesar de esta injusticia, porque realmente trabajaba yo sin descansar, le guardo a aquel mi primer patrón cariño y gratitud, porque allí comencé a aprender el comercio y a conocer a la humanidad.

Después de siete años de permanecer en esa tienda, enfermé del pecho, seguramente por lo rudo que era el trabajo, pues principiaba éste a las 5½ de la mañana y terminaba cuando más temprano a los 10 de la noche. Sabedora mi buena madre de mi enfermedad, fué casi volando por mí y me trajo a México en donde hacía poco que se había radicado con el resto de sus hijos.

A mi llegada comencé a curarme y después de dos meses de descanso y de haber gastado los trescientos pesos economizados en la tienda, ya me sentía mejor pero me faltaba dinero y extrañaba de una manera extraordinaria el trabajo. Para no estar de ocioso, asistí por un mes o mes y medio a una escuela pública en la que poco aprendí por el corto tiempo; después busqué empleo y lo encontré en una jabonería de la calle de San Juan con un sueldo de 37 centavos diarios sin alimentos. Poco tiempo después un hermano mío me encontró acomodo en una tienda de abarrotes ubicada en San Antonio Tomatlán, en donde se me pagaban $8.00 mensuales.

Estaba desempeñando ese empleo en donde había durado alrededor de seis meses, cuando felizmente vino a la Capital mi protector el señor don Lorenzo J. Osorio, el que no obstante haberse disgustado con mi madre y conmigo por mi separación de la tienda de Puebla, quería ayudarme y así fué que, encontrándolo una vez en la casa de mi tío don Bernardo y contándole mis trabajos, se interesó nuevamente por mí ofreciéndome su apoyo y proponiéndome que regresara a Puebla si quería volver con don José de Jesús Ponce. Gustoso acepté la oferta y pocos días después tomaba el ferrocarril y llegaba a aquella Ciudad a ponerme a las órdenes del señor Osorio.

Después de varios días de luchar para conseguir el empleo nuevamente y mirando las dificultades que se presentaban, me dijo mi protector: "Estás perdiendo el tiempo, parece que Ponce no tiene ya voluntad de ocuparte; si quieres quédate en mi casa y trabajarás en la curtiduría." Acepté gustosísimo su proposición y al día siguiente comenzaba a trabajar en aquella industria que con tanto afán aprendí y que aún conservo con mucho gusto.

El señor Osorio, no obstante que era un hombre muy recto y de un gran corazón, jamás me dijo el sueldo que iba a disfrutar, sino hasta después de haber visto mi trabajo; mas como yo tenía necesidad de disponer aunque fuese de algunos centavos en la semana para cubrir mis insignificantes necesidades de golosinas y fumar, busqué la manera de ayudar a los operarios de la curtiduría a quienes se les pagaba por destajo, sin desatender mis obligaciones, y así pude conseguir que ellos me gratificaran cada semana y a la vez me enseñaran a trabajar. Con esta pequeña gratificación cubría mi presupuesto insignificante, ya que en la casa tenía todo lo necesario para vivir. Como cuando entré en la primera tienda de abarrotes sólo tenía once años de edad, puede decirse que no sabía ni leer ni escribir y que en ella sólo aprendía a hacer las cuentas indispensables para el despacho; pero el señor Osorio con un empeño y con un cariño extraordinario comenzó a enseñarme lo más necesario poniéndome a hacer planas, cuentas y a leer en voz alta; en consecuencia, gracias a aquel señor pude aprender y aprendí lo indispensable para trabajar y nada más.

Poco a poco fuí progresando hasta llegar a ser el encargado de la casa y sin embargo jamás le pregunté a mi patrón de qué sueldo iba a disfrutar, porque según mi creencia estaba pagando con creces lo que hacía, toda vez que se me alimentaba, se me educaba y se me enseñaba a trabajar y todo ésto con un gran cariño; de modo que yo tampoco me preocupaba nunca por el sueldo, y sí únicamente por demostrar mi agradecimiento, cumpliendo hasta donde mi inteligencia y mis fuerzas me lo permitían, con el deber.

Después de tres o cuatro años de estar en aquella casa y habiendo entrado como Gobernador del Estado el señor General don Juan Nepomuceno Méndez, mi patrón y protector se dedicó, comprometido por algunos amigos, a laborar

en la Administración Pública; en consecuencia tuvo que abandonar sus negocios y dejarlos a mi cuidado; y cuál no sería mi sorpresa cuando al final del primer año de atender yo solo aquel negocio y al presentar el balance que había verificado, se me obsequiaba con mil pesos además del sueldo que se me señaló y se me hacía socio de la casa con una participación de 40o|o de las utilidades. Es de imaginarse la satisfacción que me causó aquel proceder de mi jefe, quien me obligó con semejante acción a seguir trabajando y cuidando el negocio aquel con tanto o más empeño, si cabe, que el que tenía en un principio.

Seguramente que el destino hizo que con el trato diario de aquella familia del señor Osorio y con las demostraciones de cariño que toda ella me hacía, fuera tomando tal afecto a la señorita su hija que a los dos años ya me sentía perfectamente enamorado de ella, y no obstante los esfuerzos que hacía para prescindir de aquel cariño no podía evitarlo, sino que por el contrario aumentaba de día en día, por lo que llegué a pensar que estaba cometiendo una falta muy grande a la confianza que se me había dispensado y no tuve otro camino, para calmar cierto remordimiento que tenía, que pedir mi separación. Al conocer mi determinación el señor Osorio se disgustó mucho, seguramente que no por la falta que le pudiera hacer, sino por el afecto que ya me tenía y no obstante sus consejos y su oposición, yo me aferré en la idea de la separación y no tuvo más que aceptarla, ofreciendo de mi parte continuar ahí mientras encontrase una persone que me substituyera. Después de un año de espera y sin que hubiese encontrado la persona que deseaba, y no estando ya él comprometido con el Gobierno, me vine a México, se me entregaron mis utilidades que consistían en $2935.00 y con ellas me establecí en una pequeña curtiduría en la calle del Niño Perdido No. 19, negocio en el que trabajé con gran empeño habiendo servido de base para formar el capital que hoy tengo.

El haberme separado de aquella casa no disminuyó en nada el cariño que por mí tenía el señor Osorio ni mucho menos el que yo le tenía, unido a mi reconocimiento por tanto cuanto por mí había hecho. Recuerdo que al tercer día de mi llegada a México y antes de que yo le escribiera, recibía de él una carta en la que se quejaba con mucha justicia de que no le había escrito y a la vez me daba algunos

consejos. Continuamos escribiéndonos frecuentemente por más de año y medio, cuando resolví casarme y encargué a mi tío don Bernardo, que era íntimo amigo del señor Osorio, para que él pidiera a su hija. Me concedió este alto honor que ha servido para hacerme feliz toda mi vida.

Cuál no sería el carácter y la delicadeza de aquel hombre, que habiendo dado un plazo de un año para verificar mi enlace con objeto de que mi negocio se consolidara, dentro de ese año fué retirándome su apoyo material, creyendo tal vez que era indecoroso para él ayudar al novio de su hija; pero eso sí una vez que contraje matrimonio, aquel hombre que para mí fué casi un dios, continuó con su ayuda material, con su cariño y con sus consejos ayudándome a tal grado, que para mí, a él, y sólo a él, le debo cuanto tengo y cuanto soy.

Así es que concretando lo anterior, debo decir que las enseñanzas que de aquel señor recibí de justicia y de amor al prójimo así como a la Patria, es lo que ha hecho en mí obrar y decir como lo voy a hacer. También debo asegurar, porque para mí es casi una obsesión, que el secreto de mi triunfo en la vida respecto a mis negocios, ha consistido principalmente en la ayuda que siempre he dado a mis colaboradores, y al afecto con que siempre los he tratado, porque sirve sin duda alguna para que todos ellos correspondan gustosos, haciendo progresar con creces cualquier negocio.

TRABAJO Y CAPITAL.

Al tratar asuntos relacionados con la industria he oído constantemente decir: "Capital y Trabajo", y yo, que considero al trabajo como la semilla única que produjo y que produce todos los días y en todas partes el Capital, reclamo para él, para el Trabajo, la primacía aún en el simple enunciado, de modo que invierto el orden de las palabras "Capital y Trabajo" y digo: "Trabajo y Capital"; porque hay que convenir que no existiría el segundo si no fuese por la acumulación inteligente y metódica del primero: el Trabajo.

Estoy cierto que mi selecto auditorio no necesita explicación acerca de este punto; sin embargo, voy a procurar su demostración de una manera gráfica tanto porque necesito dejar bien sentado este principio para el mejor desarrollo de mi conferencia, como por si algunos hombres de trabajo, no presentes aquí, llegan a leer estos humildes conceptos.

Para que existan los cientos, los millares y los millones de pesos que se emplean actualmente en la industria y en el comercio, fué preciso sin duda alguna que se hubieran comenzado a formar por la unidad-peso; y esa unidad-peso no se encontró casualmente, no se tomó de un lugar encantado, en donde no hubiera más que tomar, fué preciso, fué necesario el trabajar, el producir en cualquier ramo de la actividad humana, y así se obtuvo en cambio la unidad-peso; después de ésto, intervino el talento y se despertó la virtud de la previsión que obligó al trabajador a consumir menos que el producto de su trabajo para cubrir sus necesidades y acumular así el resto: de aquí nació el pequeño capital creado en primer término por el trabajo manual; luego vino el intelectual ideando nuevas formas en que la labor produjera más y mejor, de tal modo, que trabajando como uno, se ganara como dos o más; los esfuerzos no fueron inútiles, se consiguió y continuó aumentándose el Capital hasta convertirse no por un hombre, no por una generación, sino por muchas, en millares y millones de la primera unidad: así surgió el capitalista y surgió, porque unió su trabajo manual al intelectual que es más complicado por las actividades que reune y las energías que consume; actividades, para el cálculo y para la economía; energías, para soportar las privaciones y provocar la suprema ambición de SER.

Así y sólo así se pudo y se puede formar el Capital, y en consecuencia éste no es más que el Trabajo lenta y penosamente acumulado..... ¿Qué haría la Humanidad si no existiese el Capital o sea el Trabajo acumulado por los esfuerzos de la inteligencia, y muchas veces a costa de privaciones y de luchas sin cuento?.....

Ha tiempo que todas las naciones del mundo se mueven por el resorte de la ambición de progreso, la de ser y de saber, y esta ambición unánime ha establecido una competencia entre los países, de modo que, todos pugnan por estar a mayor altura, por ser más fuertes y más adelantados en los diferentes órdenes de la vida moderna. Retrocedamos por un momento a la época, si es que la hubo, en que esa competencia no existía,

y repasemos el proceso que siguieron en su formación las industrias que son las que dan pujanza a los pueblos; y que para mayor facilidad, fijaremos en una determinada, en la algodonera por ejemplo.

Descartemos el trabajo acumulado o Capital que se tuvo que invertir para comprar la finca de la fábrica, la maquinaria, la herramienta, las grandes Haciendas en las que seguramente se han gastado millones y millones de pesos para el regadío y para todos sus implementos; y dentro de esta suposición, careciendo de esos grandes elementos que están en uso para obtener la gran producción, nos encontramos con que el algodón que pudieran producir los campos sería en la más ínfima cantidad y peor calidad, y el cultivador estaría obligado a hacer una de estas dos cosas: o a hilarlo y tejerlo él mismo, o a vendarlo a un hilandero y tejedor, es decir, a un industrial; industrial que según el supuesto en que nos hemos colocado, ejercería su industria en la forma más rudimentaria y que sin embargo para ello debería tener cuando menos su redina de madera para hilar el algodón y su telarcito del mismo material en donde hacer sus tejidos; en este caso el obrero, este tejedor doméstico que en su propio cuarto de dormir estuviese hilando, tejiendo su tela, sería entre aquél grupo de hombres de que estuviera rodeado, un capitalista quizá puesto que había podido acumular una parte de su trabajo, para hacerse dueño de su mal forjada redina y telar, cosa que no pudieron hacer los otros.

Todas las otras anteriores consideraciones las hago en la inteligencia de que ya existía en el hombre el hábito del trabajo y de la previsión, y de que ya tenía necesidades muy diferentes a las del hombre primitivo; pero si retrocedemos más todavía, cuando la humanidad no podía poseer ningún Capital, cuando aparentemente no había manera de guardar ningún producto del trabajo, cuando se vivía al día y nada se acumulaba, y que según parece es a donde quiere llevarnos el socialismo tal como lo entienden en la actualidad muchas gentes, entonces, nos encontraremos con el hombre en el estado bárbaro alimentándose con hierbas y frutas silvestres; cubriendo su cuerpo con hojas de árboles o pieles de animales salvajes; y sin embargo todavía así, señores, debe haber habido en ese estado fatal, capitalistas, hubo sin duda hombres que por su esfuerzo, que por su constancia superior y por su valor, superaron a los demás logrando ser dueños no solamente de una hoja de árbol o de una

piel de carnero para cubrir su cuerpo, sino dueños de pieles de tigres, de león o de pantera para cambiar su indumentaria; esos hombres, sin duda alguna fueron los Capitalistas de su época, porque supieron sobreponerse a los demás, y deben haber sido vistos con respeto y con temor ya que fueron más astutos y valientes para acometer el peligro, mientras que los otros cobardes tal vez o perezosos y apáticos para trabajar, se conformaban con lo que facilmente encontraban o podían tomar.

He aquí la demostración más clara de por qué, mientras exista el hombre y las sociedades se encuentren organizadas como lo están en la actualidad, y en consecuencia que el hombre tenga que trabajar para cubrir sus necesidades, existirán ricos y pobres, siendo los primeros los que representen el Capital, mismo que hoy se encuentra formado a través de las épocas por esa inmensa falange de hombres más trabajadores que los demás, más atrevidos para acometer sus empresas, y de mayor inteligencia para cuidar y administrar sus negocios; y los segundos, aquellos que sin esas cualidades no han podido, no han querido o no han sabido hacerse capitalistas.

De modo que el Capital es una de las muchas grandiosas obras que el género humano ha levantado pacientemente al paso de los siglos; y en consecuencia querer destruirlo, querer transformar así bruscamente las sociedades, es punto más que imposible, puesto que eso implica la rebelión del presente contra el pasado que es inmutable. Sería, sencillamente, la destrucción de la Humanidad.

Tratemos ahora de las relaciones que deben existir entre el Trabajo y el Capital ya que no podemos descartar ni a uno ni a otro, en la inteligencia de que no me voy a referir a las colectividades abstractas que forman la clase trabajadora, sino a las unidades laborantes que actúan en las negociaciones industriales, para ser así consecuente con el plan que me he trazado y que consiste en apartarme de lo teorizante, hablando con toda claridad de los problemas palpados y vividos por mí.

RELACIONES ENTRE EL PATRON Y EL OBRERO.

Al hablar de la formación del Capital, quedó demostrado que no es posible hacer abstracción de él, porque no se puede evitar que haya hombres por uno u otro concepto superiores a los demás; lo urgente es, establecer las relaciones que deben exis-

tir entre aquellos que han acumulado su trabajo y que hoy se llaman capitalistas y los que no han podido acumularlo por cualquiera causa. Doy importancia a estas relaciones porque tengo la seguridad de que bien definidas garantizarán el mayor beneficio a la comunidad.

Si el que se ha elevado a la categoría de Capitalista, el que ha acumulado su trabajo, lo ha logrado por su propio esfuerzo, es que tiene algo superior sobre los otros, y esto lo obliga a ser más consciente en sus obligaciones para con los demás. La primera manifestación de discernimiento del patrón o propietario de una negociación, debe ser, cuidar escrupulosamente que sus administradores, sus empleados y sus maestros estén capacitados intelectualmente para el lugar que están ocupando; sólo con esta coordinación de los componentes, la parte directora tendrá la conciencia de haber cumplido con sus obligaciones, pues esta es la base para la buena marcha de una negociación, ya que con ello se logra la perfecta armonía entre todos los elementos que la componen.

La segunda preocupación del patrón, debe ser la eficiencia del trabajo desempeñado por el empleado o por el obrero. A propósito de la eficiencia hay que fijar este punto: el Director no puede exigir la perfección del trabajo que deseara, si antes no educa al trabajador a su modo; por lo tanto no hay que pedirle al empleado o al obrero, que desde el momento en que entra a la negociación, desempeñe su labor de una manera absolutamente correcta.

Con relación a la eficiencia y aptitudes de cada individuo apuntaré este teorema: a menor aptitud, menos producción: a menor producción, menor número de necesidades. Esta no es regla establecida por mí, es doctrina dictada por la naturaleza que sabiamente ha dado a cada uno sus necesidades según sus aptitudes; sin que por esto se niegue a los demás, sean cuales fueren sus facultades, el derecho de progresar y de que se les ayude. No; lo que hay que comprender es, que el individuo que tiene mayores dotes es acreedor a que se le estimule con mayor sueldo, atenciones o palabras alhagadoras.

Los patrones deben tener especial cuidado en la vigilancia del trabajo y aquilatar justa y exactamente el empeño que pone cada trabajador, a fin de corresponderle; pues si él nota que su labor no es comprendida, pierde el entusiasmo que todo hombre tiene por su propio progreso. Este estímulo que el trabajador requiere del patrón forma parte de la acción educativa

de la fábrica, puesto que con ello se habrá conseguido provocar el entusiasmo que debe acompañar a todos nuestros actos: en la vida no hay que concretarse a cumplir simplemente con el deber, hay que iluminar la labor con la luz del entusiasmo.

Una de las mayores obligaciones del patrón, es conocer a sus trabajadores hasta en los detalles más mínimos, dependiendo de su inteligencia y de su perspicacia la manera de lograrlo. Sus colaboradores deben ayudar a esta labor porque no sólo es producir y ganar dinero lo que debe satisfacer a un jefe, así como no sólo satisface a un padre de familia el sólo tener dinero a montones para los caprichos de sus hijos o los suyos propios: su verdadera satisfacción está en verlos formados, es decir, convertidos en ciudadanos útiles a la sociedad. De igual modo en el patrón, su mayor anhelo debe ser el lograr que sus obreros vivan satisfechos y se conviertan también en hombres útiles.

Se dice en términos vulgares que la educación se mama y con ello se quiere expresar que cuando los padres han sido bien nacidos y educados, los hijos por fuerza han de venir con esas cualidades; pero yo, nunca he estado de acuerdo con este decir, porque he visto infinidad de casos en que la naturaleza del individuo ha sido incorregible, de tal suerte, que ni con la educación, ni con el ejemplo esos hijos nacidos de padres bien educados, fueron buenos. En cambio he visto y vemos constantemente hombres nacidos de familias pobres que no pudieron darles educación ni ilustración, y que, por su propio esfuerzo, por los consejos y buen ejemplo del patrón o patrones con que trabajaron, consiguieron ser útiles y superar en educación e ilustración a sus progenitores. Esta es una demostración de que si el hombre no trae ya dentro de su ser, es decir, innata en él la maldad, puede llegar a ser bueno y útil como cualquiera, siempre que haya una mano caritativa que lo ayude y que lo guíe. En el caso de nuestros obreros corresponde hacer esta labor educativa al patrón, pues él es el que está o debe estar en contacto constante con el trabajador, y como ese patrón tiene seguramente ilustración e intelectualidad superiores, debe ayudarlo con toda buena voluntad, haciendo uso de sus nobles sentimientos y su amor al prójimo. Si así lo hace seguramente que hará un beneficio a la sociedad en que vive y estará rodeado en su trabajo de colaboradores útiles.

Es bien sabido que el derecho se compra con el cumplimiento del deber, pero por lo que se refiere a los trabajadores, és-

te debe ser señalado principalmente por la educación que reciban de sus jefes, ya sea en la fábrica, en el comercio o en cualquiera otro lugar.

Es preciso cuando algún individuo de los que componen la familia obrera ha cometido alguna falta, ponerse en su lugar, para juzgarlo y pensar antes si ha tenido la suficiente inteligencia para darse cuenta de la falta que cometió y de su magnitud, y así se juzgará con honradez, porque generalmente nuestros trabajadores son inconscientes y por lo mismo su falta se atenúa y el castigo muchas veces no deberá consistir más que en hacerle observaciones y darle consejos. Obrando así, se consigue que ese individuo se corrija más fácilmente que castigándolo.

Es preciso que los patrones estén constantemente cuidando no sólo de que sus obreros tengan lo necesario para cubrir sus necesidades físicas, sino también atendiendo a otras necesidades más elevadas, es decir, a su educación moral, obteniendo así la hermosa satisfacción que siente el hombre cuando cumple con su deber y logrando a la vez que cada obrero esté capacitado para formar otra familia obrera como aquella en la que se encuentra. Solamente así es como conseguiremos el mejoramiento de nuestras clases trabajadoras, su progreso constante, y en consecuencia la conservación y el bienestar de la sociedad.

Seguramente que la inconsciencia, la injusticia o el abandono de los patrones para cuidar la educación de los trabajadores, ha hecho que éstos hayan buscado otro medio para conseguirla, y éste como vemos, es la actual orientación obrera, sin duda, porque no encontraron la ayuda en los patrones que es donde debían encontrarla. ¿Qué ha resultado de este punible abandono? Que los trabajadores carentes del medio directivo hayan buscado otro tal vez inferior al verdadero para que los dirija, y si antes no sintieron la acción de sus patrones, ahora sí sienten la de los individuos poseedores de una poca de más inteligencia que ellos, los han atraído a formar sociedades o sindicatos, en donde pierden parte de su independencia para quedar bajo la tiranía de los que fueron quizá sus compañeros y que hoy son sus jefes; que sólo los alhagan cuando necesitan de ellos para formar una mayoría, o para explotar su ingenuidad poniéndolos frente a frente con el patrón como si se tratase de dos enemigos. Y hay que ver que la explotación del obrero por los agitadores es la más inícua

que pueda imaginarse, porque en este caso el explotador es un jefe improvisado, y como tal, carece del conocimiento perfecto de los fenómenos humanos; sólo juzga por los efectos sin darse cuenta de la influencia de las causas; y así vemos que sus doctrinas y sus aspiraciones son de lo más descabelladas; véase si nó el resultado de algunas peticiones y reclamaciones hechas por las agrupaciones; el aumento injusto y continuado de los salarios, por ejemplo, es un absurdo, porque esos líderes ignoran las leyes a que están sujetos los cambios económicos, no saben que con el aumento inmoderado del salario, la vida no mejora, sino por el contrario, empeora, puesto que en mayor proporción que ese aumento, aumenta el costo de lo necesario para la subsistencia.

En cambio, la dirección del patrón sería y tiene que ser más inteligente y mejor intencionada, porque es a él a quien le interesa el bienestar de sus obreros, tanto por razones de orden moral como material. Así es que cada patrón debe procurar por cuantos medios estén a su alcance el mejoramiento real y positivo de los trabajadores a fin de que éstos no tengan necesidad de buscarlos por medios menos efectivos y justos.

¿No vemos al industrial buscar constantemente la nueva máquina, la nueva herramienta para el mejoramiento de sus productos? ¿No vemos a ese mismo industrial separar en cada balance una buena parte de sus utilidades para el cambio y mejoramiento de todos los elementos mecánicos o de otra índole que componen su fábrica? Sin duda que sí; pues si vemos todo ésto, por qué no ha de estar obligado ese mismo industrial a hacer por sus obreros lo que está haciendo por sus máquinas, tanto más cuanto que éstos no son simples instrumentos, no son cosas que se arrumban después de viejas, sino son hombres que tienen que vivir aún, y vivir con sus miembros ya gastados y débiles por razón de los muchos años que han dado el producto de sus energías.

Los que acabo de decir en el párrafo anterior respecto a los obreros y todo lo que he dicho en el curso de mi conferencia, no se refiere solamente al trabajador manual, sino también al intelectual, es decir, al empleado del Gobierno, al particular, al del comercio y a toda esa falange de luchadores que llamamos de la clase media y que es y ha sido siempre la más castigada seguramente porque es la más prudente debido a

su educación; a esa clase, merecedora por mil títulos de consideraciones, es a la que debemos también procurarse su mejoramiento en el sentido amplio de la palabra.

Seguramente que los hombres conscientes, los verdaderos trabajadores no piden otra cosa que cubrir sus necesidades, si sus aptitudes no les permitieron progresar y tener alguna garantía para su vejez, es decir, siquiera lo necesario con que comer durante ella, y esto que piden, lo piden con justicia y toca a nosotros los patrones satisfacer tan ampliamente como sea posible esas justas demandas de nuestros colaboradores, pues necesitan tener la plena, la absoluta seguridad de que al final de su jornada, cuando ya sus fuerzas estén agotadas, tendrán asegurada la tranquilidad en su vejez para no tener que llegar a servir de carga a la sociedad, mirándose en el triste caso de acabar sus últimos días en un asilo o en un hospital.

Los obreros que han recibido ya su segunda aducación en la fábrica, están obligados a conocer todos los reglamentos y costumbres del taller a donde ingresan. Están obligados también a respetar fielmente todos sus postulados, porque no deben aceptar o no deben continuar en el puesto que ocupan, si no es con la condición de cumplir fielmente con las leyes del taller. Deben tener conciencia, que naturalmente ya se les inculcó por medio de la educación en el taller, de la consideración y respeto que deben al patrón y a todos los empleados, puesto que ellos mismos reciben consideraciones de sus patrones. Deben de ser sumamente prudentes, cuando en su conciencia esté que se ha cometido alguna injusticia con ellos, en vez de hacer escándalo procediendo con violencia, deben de poner en conocimiento del patrón lo acaecido, para que éste ponga el remedio a esa injusticia, y de esta manera ayudar a conservar la armonía que debe existir dentro de la organización industrial. Tiene el obrero que percatarse del lugar que ocupa en la fábrica, para no faltar a sus obligaciones; tiene que tener la conciencia de que si aceptó pertenecer a aquella organización, con ello ha contraído el ineludible deber de cuidar de ella como si fuese suya propia. Está obligado a cumplir fielmente en sus horas de trabajo, a cuidar del mejoramiento de la producción y el ahorro de los materiales, lo que debe hacer no sólo por la obligación que tiene de cuidar de la negociación, sino también por su propia conveniencia, puesto que si aquella progresa, progresará él mismo. Todo esto que es la inculcación

del deber, está obligado el patrón a enseñarlo si el obrero no lo sabe. No cabe duda que el papel de educador es bien difícil, pero en cambio el sembrar en las almas el amor por la satisfacción del deber cumplido, es muy hermoso. Solamente como un ejemplo de lo que hace la educación, quiero contar a ustedes que yo he tenido la suerte de salvar quizá de la perdición, a algunos obreros que, de recién entrados a mi fábrica, cometieron entre otras, la falta de tomarse algo sin el consentimiento de los jefes; según los consejos de mi experiencia, en vez de maltratarlos o echarlos a la calle de manera vergonzosa, los llamé a mi despacho, los aconsejé, llamándoles la atención sobre lo malo de su acción, y el perjuicio que personalmente se hacían con esa falta de honradez, y los hice volver al taller; con mi procedimiento conseguí salvarlos de ese vicio, en primer término, y en segundo, tenerlos como los tengo en la actualidad, trabajando empeñosamente, y siendo unos de mis mejores colaboradores.

A primera vista parecerá que lo que digo es una utopía; pero mi práctica me faculta para asegurar que sólo es cuestión de buena voluntad, de paciencia y hasta de conveniencia, y más aún si se toma en cuenta que las necesidades de la vida actual echa a los hombres al trabajo desde muy temprana edad, de modo que la mayor parte del elemento trabajador, es joven y por ende más susceptible de educación; sus faltas son cometidas inconscientemente y si hay reinsidencia por su parte, se debe muchas veces, como ya he dicho, a que no ha habido mano salvadora que los retire de los vicios. Naturalmente que no hay regla sin excepción, por lo tanto, no debe extrañar que uno que otro, escape a la acción educativa; sin embargo, cuidando de que cada individuo cubra sus necesidades y procurando que por su conveniencia propia ponga todo su empeño, su asiduidad y su cuidado en el trabajo, conseguiremos sin duda alguna, no hoy, porque esto no es labor de un día, sino después de algunos años, tener hombres conscientes y honrados que colaboren al progreso industrial del país.

No debemos olvidar que la educación es la llamada a lograr el perfeccionamiento humano; y uno de los mayores bienes es la propiedad que tiene de provocar ambiciones de progreso; de aquí que no descansaré jamás en decir que la labor de los patrones se debe encaminar a la educación del obrero, a ennoblecerlo por medio de razonamientos sanos y justos, y a impulsarlo al desarrollo de su esfuerzo en bien de su mayor

producción, estimulándolo en todas las formas a fin de que su progreso sea constante y consigamos así la destrucción de las malas doctrinas.

No debemos tampoco olvidar la conveniencia general de que en cada fábrica haya un reglamento formado de acuerdo con las leyes que nos rigen, pero adaptándolo perfectamente a las necesidades interiores de la negociación y formado precisamente por el patrón pero también discutido y aprobado siempre por el elemento obrero, puesto que será éste el primero que deba respetarlo, por ser la ley que regirá el gobierno interior de la casa. Servirá como es natural para evitar los abusos que de parte de los empleados pudiera haber para con los obreros. Deberá ser ese reglamento ajustado a la razón y a la justicia, procurando que no tenga en sus postulados ni una imposición que lastime la susceptibilidad del obrero, ni tampoco que entre ellos haya alguno que sea imposible de cumplir.

Todo esto que he dicho referente a las relaciones que debe haber entre el Capital y el Trabajo, es aún muy poco para cuanto se necesita, pero la base principal para todo, es la justicia, pero justicia amplia, justicia de verdad que si todos nos sujetamos a ella, habremos conseguido mucho en nuestro propio bien y en el de la sociedad.

MEDIOS DE QUE DISPONEN LOS OBREROS PARA SU MEJORAMIENTO.

Tres son los caminos principales que tienen los obreros para conseguir su progreso moral y material o satisfacer sus ambiciones justas, y son éstos: primero, el esfuerzo personal y el talento; segundo, las leyes que sabiamente debe dictar el Estado, de acuerdo con el medio en que se vive y cuyo principal objeto debe ser el beneficio de la comunidad; y por último, el esfuerzo colectivo por medio de asociaciones u otro análogo.

Hablemos del esfuerzo personal: éste es en todos sentidos el más eficiente para el mejoramiento del trabajador, puesto que cuando un empleado u obrero honrado e inteligente comprende de cuál es su situación y procura progresar por sus propios méritos y hacerse valer ante sus patrones por sus aptitudes, consigue siempre lo que desea, advirtiendo que estos hombres son muy apreciados debido a la escasez que actualmente

hay de ellos, pues bien sabemos, que es muy difícil encontrar colaboradores que cuiden del negocio con tanto empeño como si fuera suyo. Es de imaginarse que a un hombre que tiene esas cualidades, el patrón lo cuida y lo halaga, cuando menos por egoísmo, puesto que obra bien y produce mejor, lo que demuestra que el esfuerzo personal es más eficaz que cualquier procedimiento de que puede disponer el obrero para su adelanto, y en consecuencia que quien tiene esas cualidades no necesita de leyes ni de sociedades y menos de recomendaciones, él se recomienda por sí solo y para hacer valer sus derechos no necesita más que lo que hace: cumplir con su deber.

El segundo medio para el mejoramiento del trabajador son las leyes que debe dictar el Estado y cuya condición esencial debe ser la sapiencia del legislador ya que van a servir de fundamento para la buena organización social. Al dictarse esas leyes deben los legisladores procurar que su resultado sea la educación e ilustración necesaria para la lucha, así como la creación de hábitos de economía, laboriosidad y honradez.

Por lo que se refiere al patrón, esas mismas leyes deben obligarlo a proporcionar al trabajador lo necesario para satisfacer sus necesidades, garantizándole en cualquier forma, que será puesto a cubierto de todos los tropiezos de la vida, creando seguros contra enfermedades, contra accidentes, vejez y retiro; naturalmente que éstas deben ser dictadas de manera tal que en vez de ser un amago para el Capital, sea un beneficio para todos; ésto último no es muy difícil de obtener si los encargados de legislar son personas de experiencia que conozcan a fondo el medio obrero, y así mismo los verdaderos rendimientos del Capital para decir con mayor exactitud posible qué es lo que se debe pedir y qué lo que se puede dar, de otra manera las leyes serán letra muerta.

A ningún patrón le perjudicarían los efectos de leyes semejantes y estoy seguro de que la mayoría de ellos desea vehementemente que venga una ley sabia que satisfaga en lo posible y justo, los deseos del proletariado, y estoy seguro así mismo, de que ningún capitalista se negará a separar una parte de sus ganancias para que sus obreros vivan tranquilos y satisfechos, porque saben bien que así se dará muerte al espíritu de rebeldía y todos progresarán.

He dicho que los legisladores deben ser personas que conozcan a fondo la cuestión Trabajo, porque estamos viendo con demasaida frecuencia el resultado de que legislen los ig-

norantes en la materia, la imposibilidad de llevar a la práctica ciertos postulados y la ambigüedad o la inadaptabilidad de las leyes que nos han dictado son seguramente las que han producido la actual discordia entre el Trabajo y el Capital.

Cuánto mejor hubiera sido que las leyes del Trabajo y sus reglamentos hubieran sido inspirados en los intereses de Capitalistas y trabajadores, porque así habrían desaparecido las disputas y los rencores con los patrones, y los intereses de ambos se habrían conciliado. El trabajador tendría los medios indispensables para cubrir sus necesidades y no conocería la preocupación del mañana; y el capital se vería rodeado de trabajadores de verdad, que tranquilos, no se preocuparan más que por el cumplimiento del deber.

En resumen: el Capital ha anhelado y ha procurado que se decreten leyes en el sentido que he dicho y es de esperarse que el día en que las Cámaras Legisladoras se preocupen también por esta cuestión, se consiga que se cumplan verdaderamente los justos deseos de capitalistas y proletarios.

La tercera forma que para lograr su mejoramiento pretende el trabajador, es la asociación con sus compañeros bajo cualquier designación: sociedad, unión o sindicato; esta es la fuerza menos efectiva en mi concepto que puede usarse para conseguir lo que desean, porque ella no es duradera toda vez que están dirigidas esas asociaciones por personas que no tienen las mismas miras que el trabajador y que sólo pretenden el medro personal dentro de aquel grupo. En esto habrá y hay sin duda hermosas excepciones; mas por lo general, no es así, pues los mismos coasociados dotados de alguna inteligencia, huyen de ellos, o si asisten a las reuniones y dan sus cuotas, lo hacen forzados por el "que dirán" o por miedo a que los perjudiquen; naturalmente que esta clase de sociedades tienen vida anormal y ficticia.

Ojalá que estas agrupaciones estuvieran bien organizadas y que los directores no se reservaran para sí las prerrogativas dejando para los asociados las obligaciones; sino que ambos tuvieran las mismas miras e iguales derechos y obligaciones. Mas el defecto capital que encuentro a este medio de defensa es la abdicación que de su voluntad propia hace el trabajador para colocarla en manos de los líderes, quienes muchas veces son hombres ineptos para luchar por la vida honradamente, y que carentes de los medios para triunfar, hacen de las sociedades su "modus vivendi" y así se viven azuzando al obrero

contra el patrón imponiendo exigencias fuera de las posibilidades de Capital y provocando conflictos para perjudicar a ambos. En este género de agrupaciones el hombre sacrifica su independencia, porque sintiéndose fuerte por la unión, pierde el entusiasmo para su progreso personal, puesto que según ofrece el sindicato, el mejoramiento tendrá que lograrse forzosa y necesariamente porque así lo piden todos. De modo que el espíritu de competencia muere y viene el estancamiento de los procedimientos; se restan los esfuerzos y las inteligencias que en otras circunstancias procurarían algún adelanto a fin de producir más y mejor, no lo hacen; y la industria corre el peligro de agonizar por inanición.

Nosotros necesitamos inyectar el alma de los trabajadores de energía moral; esa facultad gracias a la cual el hombre no necesita de la fuerza de las muchedumbres para hacerse valer. Hay que enaltecer el valor moral, que consiste en tener la suficiente fuerza para luchar solo contra la aspereza del medio o la maldad de los hombres. Quien no se encuentra capaz de combatir solo, es un cobarde. Este es el secreto del progreso de otros países. El colectivismo retarda el adelanto de la industria, porque en vez de ser cada unidad la que piensa y la que lucha, y de este modo sumarse los esfuerzos con las inteligencias, la voluntad de cada uno se nulifica concentrándose en la de la multitud que no hace sino seguir las pasos de unos cuantos que la mayoría de las veces no la guían al triunfo sino al desastre.

Para terminar los conceptos que me he formado de las sociedades, debo decir que en cuanto sea posible hay que fomentar el espíritu de asociación, siempre que ésta tenga por objeto discutir y cambiar ideas sugeridas por la experiencia en bien del progreso individual, pero si es lo contrario hay que hacer ver a los trabajadores lo perjudiciales que resultan las agrupaciones que matando la voluntad propia llegan hasta lo inaudito, como por ejemplo, la guerra irracional y atentatoria que han emprendido algunos sindicatos en contra de los obreros libres, o lo que es lo mismo, en contra de la libertad, la más preciada conquista de la moderna Democracia.

Creo haber hecho en mis anteriores conceptos el análisis de ese gran cuerpo social formado por el Trabajo y el Capital, que ha sido quien al paso de las edades ha edificado los gigantescos monumentos de progreso de que se enorgullece la Humanidad; y quiero para terminar, hacer la síntesis.

En el organismo humano, obra maestra del Creador, la coordinación de los pensamientos y el control de las acciones reside en el cerebro; el cerebro de la nación es el Gobierno, de la familia es el padre, y de la fábrica el patrón.

Un individuo es tanto más normal cuanto mayor es el dominio del cerebro sobre sus miembros; los del cuerpo humano son el prototipo de la disciplina: el cerebro manda y la mano o cualquier otro miembro instantáneamente obedece; sólo así conserva el hombre completa su persona; de un pie desobediente resulta un cojo. En consecuencia el principio de toda integridad es la obediencia al cerebro que manda, así se trate de cuerpos humanos o de cuerpos sociales; porque dicho está que donde haya dos seres habrá forzosamente uno que mande y otro que obedezca.

Ahora bien, el cerebro perfecto es el dotado de energía y buena intención; cuyos pensamientos y cuyo justo mandato abarca desde el pasado y se extiende hasta el futuro, empezando por dominarse así mismo y terminando por dominar a los demás; un cerebro de esta índole satisface a los miembros y éstos lo obedecen gustosa y ciegamente; los ciudadanos al Gobierno, los hijos al padre y los trabajadores al patrón; pero el cerebro enfermo, falta de energía o de justicia—desequilibrado que se llama—es desobedecido por los miembros; y al serlo, pierde su integridad el cuerpo: es arrollado por el vehículo si es humano; es impulsada a la anarquía si es nación; es llevada a la desorganización si es fábrica; y es amenazada por el parricidio si es familia.

En la Industria, formada por el Capital y el Trabajo, el cerebro es el Capital y los miembros son las unidades del cuerpo colectivo Trabajo. Falta por saber si hasta hoy el cerebro ha tenido la suficiente capacidad para preveer y controlar las acciones de los miembros trabajadores; en mi concepto, no; porque ¿qué ha hecho el Capital en beneficio del trabajador? Nada en cuestión educativa; en tal virtud, no debemos quejarnos de lo que está pasando en México y en la mayor parte del mundo. El Capital y el Gobierno, cerebros enfermos, que no han sabido cuidar sus cuerpos, justo es que sufran las consecuencias de su abandono. Las clases laborantes que han vivido y aun viven sin educación mal alimentadas y sucias, sufren también las mismas consecuencias encontrándose hoy abandonadas y enfermas física y moralmente.

El remedio, si queremos salvarnos está en nuestras manos: volver sobre nuestros pasos aún a costa de sacrificios, haciendo obra vivificadora hasta lograr el resurgimiento de nuestro cuerpo social, que como representativo de dos razas poderosas debe levantarse sano, henchido de fuerzas y esperanzas, para el bien de nuestra Patria.

Tacubaya, Agosto 22 de 1922.

Señor don Carlos B. Zetina.—Presente.

Muy estimado y querido Jefe:

Hemos oído con el mayor interés las ideas expresadas en la conferencia que sobre el Trabajo y el Capital sustentó Ud. el día de ayer, y no podemos menos de felicitarlo por sus conceptos que son la voz de la más alta justicia a que tenemos derecho los trabajadores.

El equilibrio social basado en la educación moral e intelectual de nuestra clase, así como lo ha planteado Ud., es la promesa de una victoria racional y definitiva después de la labor honrada en la lucha por la vida; el conocimiento de las necesidades del proletariado es la concepción más perfecta del deber de los patrones y el cariño y la consideración a los que trabajan son manifestaciones de la verdadera confraternidad y del verdadero amor que habrán de determinar la paz universal. En fin, señor, que los postulados de su conferencia tienen tal analogía con el sentir de las clases laborantes, que ellos pueden servir de bandera en la pugna por nuestro mejoramiento.

Por las anteriores razones y porque creemos que las doctrinas y enseñanzas recogidas por Ud. al través de su vida deben servir a unos de estímulo y a otros de ejemplo le rogamos nos proporcione una copia de su conferencia para mandarla publicar a fin de que sus ideas, cual semillas arrojadas al viento, germinen y formen un capítulo de nuestro testamento en el que dejemos a nuestros hijos el evangelio de la justicia y de la perfección de los obreros.

Quedamos de Ud. con el respeto de siempre, sus afectísimos amigos y atentos seguros servidores.

Guillermo Gallardo.—Emilio González.—Agustín de la Brena.

De "El Universal" del martes 22 de agosto de 1922.

El Sr. Dn. Carlos B. Zetina, industrial ampliamente conocido en México y que según la frase sajona "es hombre que se ha hecho a sí mismo", dijo anoche una conferencia sobre el tema 'Capital y Trabajo", en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros.

Esta conferencia, décima séptima de la serie organizada por la Confederación de Cámaras Industriales, tuvo la virtud de atraer no sólo a elementos de la industria y del comercio y de la banca, sino que buen número de obreros concurrieron a escucharla.

En tesis general el Sr. Zetina se mostró partidario del trabajador, pero del trabajador consciente y libre y combatió las agrupaciones obreras y especialmente a los líderes de éstas, pues que sin estar identificados con las necesidades de la clase obrera, se aprovechan de su buena fe para medrar a costa de ella y perjudicar la industria.

En tres capítulos dividió el sustentante la conferencia: trabajo y capital, relaciones entre el obrero y medio de que disponen los obreros para su mejoramiento. En la imposibilidad de transcribir íntegra la conferencia del Sr. Zetina, que bien lo merece, pues nadie más autorizado que él para tratar de esos tópicos, vamos a procurar dar una síntesis, exponiendo los principales conceptos.

De "El Demócrata" martes 22 de agosto de 1922.

Hemos escuchado a oradores de mérito, ilustrados, sobre diversos asuntos de interés nacional, quienes nos han dado a conocer tópicos sobre esas especialidades, que en alto grado están sirviendo a nuestros industriales, pero indudablemente que la conferencia de ayer, décima octava de la serie, ha sido una de las que más interés despertó desde su anuncio en todos los círculos, debido a que se trató uno de los asuntos de más importancia en la actualidad, como lo es la relación entre el capital y el trabajo.

La comisión de conferencias logró que el Sr. Senador Dn. Carlos B. Zetina, quien ha tenido una grandísima experiencia sobre ese tópico se sirviera sustentarla . . . . . .

Indudablemente que uno de los medios mejores para el acercamiento entre los elementos, el capital y el trabajo, son las leyes dictadas por los legisladores, que siempre han de ser hombres "muy conocedores" de la materia, ya que las disposiciones de éstos, cuando son desacertadas, ya sea por el desconocimiento de causas o mala fe pueden llegar a hacer surgir verdaderos conflictos.

Unicamente nos queda por referir, uno de los puntos, quizás el principal: el Sr. Senador Zetina habló en su brillante conferencia extensamente sobre el interesante tópico de cómo deben ser cordiales las relaciones entre el capital y el trabajo.

Ampliamente disertó el conferencista sobre que los proletarios buscan en los Sindicatos o Asociaciones, una especie de palanca con que obligan al industrial a ceder en alguna de sus peticiones. El Sr. Zetina cree que este es uno de los medios más malos, ya que el obrero abdica en absoluto su libertad, para someterse a la voluntad de un solo hombre, el "líder", que en la generalidad de los casos los explota y no ve más que por su interés propio, sin fijarse nunca en los demás.

De "El Mundo" de 23 de agosto de 1922.

Aunque la conferencia pronunciada por don Carlos B. Zetina en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros, a invitación de la Confederación de Cámaras Industriales, no ha sido aún publicada "in extenso" los extractos que de ella hicieron algunos diarios matutinos ayer, permiten deducir que fue en realidad interesante, y apreciar la dirección general en que se orientaron las ideas en ellas sustentadas.

El señor Zetina, creador de una muy floreciente industria, domina el asunto que abordó: "el capital y el trabajo" porque si hoy es capitalista, antaño fué trabajador, y conoce, por lo tanto desde cerca los factores del problema. Ciertamente el señor Zetina tiene la tendencia muy humana a considerar como insuperable el medio y la organización social dentro de la cual triunfó. De ahí que su conferencia, a lo que se colige por sus resúmenes publicados, sea antes que nada una apología del régimen patronal y una censura de los esfuerzos del proletariado organizado para modificarlo profundamente.

Pero si el señor Zetina, por un prejuicio explicable y hasta respetable, cree que el patrón en la vida económica no pue-

de ni podrá suprimirse, y si atribuye al patronato virtudes excelentes, no deja de comprender —y estas opiniones suyas son tanto más valiosas cuanto que provienen de sus experiencias más inmediatas y de sus recuerdos más frescos— que no todos los patrones, ¡qué decimos! que muy pocos patrones cumplen con los deberes que su posición social les impone. Para el señor Zetina el patrón es el mejor director, un director con funciones tutelares, o mejor, paternales, que debe dirigir a los obreros —aunque esto no lo diga explícitamente el señor Zetina— como a sujetos no totalmente capacitados para guiarse por sí mismos. Así se comprende que llame al capital el cerebro, y al trabajo, los miembros del cuerpo que es la industria.

Pero he ahí que agrega: "falta por saber si el cerebro ha tenido la suficiente capacidad para preveer y controlar las acciones de los miembros trabajadores; en mi concepto no; porque, **¿qué ha hecho el capital en beneficio del trabajador?** Nada, en cuestión educativa; en tal virtud no debemos quejarnos de lo que está pasando en México y en la mayor parte del mundo. El capital y el gobierno, cerebros enfermos que no han sabido cuidar sus cuerpos, justo es que sufran las consecuencias de su abandono. Las clases laborantes **que han vivido y aun viven sin educación, mal alimentadas y sucias, sufren también las consecuencias,** encontrándose hoy abandonadas y enfermas, física y moralmente. El remedio, si queremos salvarnos, está en nuestras manos: volver sobre nuestros pasos, aun a costa de sacrificios, haciendo obra vivificadora, hasta lograr el resurgimiento de nuestro cuerpo social.

A nuestro entender, tal fue lo culminante de la conferencia pronunciada por el rico industrial, señor Zetina. Un llamamiento a sus colegas del capitalismo, para que "vuelvan sobre sus pasos" y traten por la cooperación, por la cordialidad, y por la equidad, lo que hasta hoy han querido tratar por el egoísmo, la intransigencia y la injusticia.

La verdad es y no otra cosa que esta rectificación de errores colectivos y este anhelo de una justicia social más eficiente, es lo que constituyen las aspiraciones reivindicadoras de los que pugnan por una nueva sociedad. Que se haga como el señor Zetina, un poco apostólicamente indica que se haga o como la impaciencia de los proletarios quisiera que se hiciese, o como el imperativo de la realidad hará que se haga

al cabo; lo indispensable es hacerlo. A esto llaman los inconscientes, los obstinados y los perversos, bolshevismo, disolución y ruina; y sin embargo, he ahí que un hombre honrado, que nunca podrá ser tachado de extremista ni de un enfermo de mal rojo que padece Lenin, llega por diversos caminos a la misma conclusión a la que llegan los radicales, tan vilipendiados por los que pretenden interpretar el pensamiento de la clase a que pertenece, de modo culminante el acaudalado industrial de Tacubaya.

Del Sr. Pérez Verdía en "Excelsior" del día 24 de agosto de 1922.

En estos tiempos de profundo malestar social, en que el problema denominado "obrero" adquiere mayor intesidad cada día, especialmente por la audacia de líderes exentos de escrúpulos, que precipitan a los trabajadores por extraviadas sendas en que la violencia, el encono y la pasión predominan con detrimento de los intereses mismos de los proletarios, es consolador y sobre todo convenientísimo, escuchar las palabras sensatas, sin pujos de erudita pedantería, pero hijas de la experiencia personal y de un sentimiento irrefrenable de sinceridad, pronunciadas por hombres como don Carlos Zetina, que ha tenido el raro don de gobernar pacífica y casi diremos paternalmente, la legión de obreros que trabajan asiduamente en la fábrica de que es propietario.

Uno de los fragmentos más interesantes de la conferencia sustentada por el señor Zetina, es el relativo a la parte de culpabilidad que señala en el capitalismo mexicano, o en el extranjero que ha hecho sus inversiones en nuestro suelo en la formación del actual "status" que prevalece en el denominado problema obrero y que presenta rasgos tan deplorables y perfiles a menudo trágicos, como resultado de la pugna eterna entre esos dos grandes factores que se denominan Trabajo y Capital.

"Seguramente —dice don Carlos— que la inconsciencia, la injusticia o el abandono de los patrones para cuidar la educación de los trabajadores ha hecho que éstos hayan buscado otro medio para conseguirla y éste como vemos, es la actual orientación obrera, sin duda, porque no encontraron la

ayuda en los patrones que es donde debían encontrarla. ¿Qué ha resultado de este **Punible Abandono?** que los trabajadores carentes del medio directivo, hayan buscado otro tal vez inferior al verdadero para que los dirija, y si antes no sintieron la acción de sus patrones, ahora si sienten la de los individuos, que poseedores de una poca de más inteligencia que ellos, los han atraído a formar sociedades o sindicatos, en donde pierden parte de su independencia para quedar bajo la tiranía de los que fueron quizás sus compañeros y que son hoy sus jefes; que sólo los halagan cuando necesitan de ellos para formar una mayoría, o para explotar su ingenuidad poniéndolos frente a frente con el patrón como si se tratase de dos enemigos...."

El señor Zetina, después de reconocer que en los capitalistas ha faltado muchas, desgraciademente muchísimas veces, el tino para gobernar colectividades considerables de trabajadores, el empeño para educar a hombres inexpertos que en un buen número de ocasiones han carecido de guía, traza un cuadro ideal de las relaciones que deben existir entre esos dos elementos que se denominan Trabajo y Capital y que deberían completarse para el acrecentamiento de la producción y el mayor bienestar de la Patria. Según el conferencista, el patrón debe gobernar ni más ni menos que paternalmente a sus obreros, preocuparse por su educación, corregirlos suave y eficazmente, mientras que aquéllos deben corresponder a las atenciones que se les guarden con amor al trabajo y respeto y consideración para el que los emplea.

Pero en ese cuadro que por desgracia nuestra sólo podemos ver (lo que casi debiéramos estimar como utopia), realizado en los talleres del propio conferencista, ni para un espíritu sereno y ecuánime bien intencionado sobre todo como es el del señor Zetina, deja de ser precario el empleo de frases severas, ligeramente cáusticas y sobre todo justas, para referirse al agitador que turba la armonía, que excita y azuza al obrero, que implanta en su espíritu el germen de rebelión y lo impele a la violencia y muchas veces al crimen, como los medios lícitos de que ha de valerse para procurarse su propio bienestar.

"Ojalá que estas agrupaciones —exclama don Carlos al hablar de los sindicatos donde predominan los agitadores— estuvieran bien organizadas y que los directores no se reservaran para sí las prerrogativas dejando para los asociados las obligaciones; sino que mbos tuvieran las mismas miras e iguales derechos y obligaciones. Mas el defecto capital que encuentro a este medio de defensa es la abdicación **que de su voluntad propia hace el trabajador para colocarla en manos de los líderes,** quienes muchas veces son hombres ineptos para luchar por la vida honradamente y que carentes de los medios para triunfar hacen de las sociedades su "modus vivendi", y así se viven azuzando al obrero contra el patrón, imponiendo exigencias fuera de las posibilidades del Capital y provocando conflictos para perjudicar a ambos. En este género de agrupaciones el hombres sacrifica su independencia, porque sintiéndose fuerte por la unión, pierde el entusiasmo para su progreso personal puesto que según ofrece el sindicato, el mejoramiento tendrá que lograrse forzosa y necesariamente porque así lo piden todos, de modo que el espíritu de competencia muere y viene el estancamiento de los procedimientos, se restan los esfuerzos y las inteligencias que en otras circunstancias procurarían algún adelanto a fin de producir más y mejor, no lo hacen; y la industria corre el peligro de agonizar por inanición."

Para el señor Zetina la cuestión obrera que se encuentra tan mal planteada, puede aún orientarse por mejores senderos, siempre que el capital, el gobierno y los trabajadores mismos comprendan que es preciso variar de ruta, si se quiere alcanzar esa benéfica armonía entre el Capital y el Trabajo, armonía que a veces antójasenos quimérica, si no viésemos en la práctica la realización de ese ideal en la fábrica que regentea el distinguido conferencista de quien nos ocupamos. "El remedio —dice el señor Zetina— si queremos salvarnos está en nuestras manos; volver sobre nuestros pasos aún a costa de sacrificios, haciendo obra vivificadora hasta lograr el resurgimiento de nuestro cuerpo social, que como representativo de dos razas poderosas, debe levantarse sano henchido de fuerzas y esperanzas para bien de nuestra Patria."

Ojalá que las palabras, no rebuscadas ni petulantes, pero expresadoras de sinceridad y buena fe pronunciadas por el señor Zetina tengan alguna influencia, para que los capitalistas orienten su criterio hacia ese humanitarismo de que habla el conferencista y que los obreros por su parte, abran los ojos hacia el peligro que significa para sus propias aspiracio-

nes, la intromisión cotidiana de líderes y zánganos que en vez de contribuir para el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores, sólo consiguen empeorar su situación y agravar nuestros males sociales.

Tomado de "El Universal" por Dn. Juan Sánchez Azcona.

Este 21 de agosto de 1922 ha sido en México un día de esperanza y de satisfacción para la sufrida clase media, la benemérita de las sociedades humanas, que, bajo todos los soles y en todos los tiempos modernos, ha sido en realidad la directora de todos los progresos de los hombres y el almácigo de todas las fuerzas que han proporcionado a los mortales algún refugio y algún mejoramiento en el transcurso de la ardua ruta que tienen que recorrer. La clase media es y ha sido siempre la más castigada, seguramente, porque es la más prudente debido a su educación; a esa clase, merecedora por mil títulos de consideraciones es a la que debemos también procurar un mejoramiento en el sentido amplio de la palabra.... El industrial conferencista achaca a la clase media de ser ella misma culpable de los castigos que ha sufrido y sufre, por su excesiva prudencia, debida seguramente a su educación. Lo creo que en el presente caso el vocablo "educación" deba interpretarse como sinónimo de "urbanidad", ya que es bien sabido que lo cortés no ha de quitar lo valiente. Y si no me equivoco, el señor Zetina quiso dar a entender que la clase media debe sus quebrantos a su mala educación cívica, mala por falta de acción, de coordinación y de organización. Yo, que como es sabido soy predicador de la paciencia y de la tolerancia, a las veces me veo tentado de tachar a la clase media de demasiado paciente y demasiado tolerante. No que pretenda soliviantarla, ¡líbreme Dios de ello! Salvo en caso de invasión extranjera, nunca volveré a decir a los mexicanos ¡A las Armas! Esto no se puede hacer sino una vez cada cien años, a lo más. Pero si desearía que por pacíficas rutas nuestra clase media abandonara su marasmo, y sacudiendo su paciencia y equilibrando su tolerancia, supiera defenderse enérgica y eficazmente contra aquellos de sus miembros que, por mezquinos móviles, se venden a los de arriba o se entregan a los de abajo.....

Que la sufrida clase media mexicana tenga hoy la risueña perspectiva de tener paladines como Zetina y Pérez Taylor y tanto otros que estarían dispuestos a secundarlos en su noble cruzada, es ya algo muy plausible y digno de celebrarse; pero no bastarán los arrestos de esos paladines, para obtener el triunfo, si la clase media toda, no los apoya y ayuda inteligentemente....

Si las sanas doctrinas de los señores Zetina y Pérez Taylor hallan entre nosotros el eco que merecen, el reajuste vendrá en breve y la sufrida clase media, alma de la patria sufrirá menos de lo que hoy sufre, pues logrará que cooperen:

En fecunda concordia Capital y Trabajo: sin tiranos arriba, ni tiranos abajo.

Párrafos más salientes de los comentarios hechos a esta conferencia por la prensa y particulares.

De los Sres. Lic. Demetro Sodi, Lic. José Saavedra, Lic. Manuel Marrón.

Agosto 22 de 1922.

Sr. Dn. Carlos B. Zetina.—Presente.

Muy distinguido señor:

Los nobles conceptos vertidos por Ud. en la muy interesante conferencia que dió sobre el tema trascendental: "El Capital y el Trabajo", nos causó una de las impresiones más hondas, porque el espinoso asunto tratado por Ud. dió el verdadero camino que debe seguirse para resolver esa pugna que es universal entre los que tienen capital y los obreros que procuran, bajo el pretexto de reivindicaciones imposibles, hacer frustráneas todas las empresas y todos los esfuerzos del grupo capitalista.

Al invocar Ud. el cumplimiento del deber como la norma esencial de los actos de la vida, y al desenvolver principio tan alto que se identifica con la moral absoluta, aplicándolo por igual al capitalista y al obrero, da Ud., señor, un ejemplo palpable de lo que puede producir el esfuerzo personal asociado a la honradez más escrupulosa. Solamente Ud. pudo ha-

blar en tales términos porque es Ud. un ejemplo viviente de lo que predica; pero, señor, esas orientaciones por Ud. marcadas solamente **podrán** traducirse en instituciones permanentes, cuando como Ud. dijo el Poder Legislativo se coloque en las altas cimas de la moral y en el corazón mismo de las necesidades sociales, y, desgraciadamente, ese amanecer hacia la verdad, y al cumplimiento del deber está por ahora distante en nuestro medio. ¡Ojalá que las frases de Ud. y sus observaciones fecunden intensamente entre nosotros, que ya es mucho conseguir que haya personas que como Ud. fijen exactamente la cuestión social y la resuelvan con acierto, siendo ejemplo de la fecundidad de las ideas que Ud. vierte lo que ha conseguido en su labor de industrial y de hombre de nobles sentimientos.

Bajo la impresión de su discurso, y sin pretender analizarlo en toda su hermosura porque esto no podríamos hacerlo, nos es grato felicitar a Ud. con todo entusiasmo, y repetinos de Ud. afectísimos amigos y attos Ss. Ss.

Demetrio Sodi, Rúbrica.—José Saavedra, Rúbrica.—Manuel Marrón, Rúbrica.

De "El Presnte, agosto 23.

UNA INTERESANTE CONFERENCIA POR DON CARLOS B. ZETINA

Don Carlos B. Zetina, un raro ejemplar de hombre fuerte, de los que debieran abundar en estos países de revoluciones para que enderezaran con su noble ejemplo a las generaciones clandicantes hacia la lucha fecunda del trabajo honrado, dió el día 21 de los corrientes una conferencia sobre el "Capital y el Trabajo" en el Colegio de Minería, en una reunión organizada por la Confederación de Cámaras Industriales.

Don Carlos comenzó haciendo el relato de su vida, que es un ejemplo viviente de laboriosidad, de energía, de fe y de honradez y con eso hizo la mejor exposición que pudiera presentarse de cómo deben emplearse las energías de la juventud para llegar a lo que él ha llegado: a ser hombre de lucha, constructor de una empresa que enorgullece a la nación

y para crearse una personalidad rodeada por la aureola cariñosa del respeto y la admiración de todos los compatriotas.

Disertó el conferencista sobre el interesante tema que dió nombre a su plática, con el conocimiento de causa de un hombre que se ha pasado la vida dirigiendo obreros, en completa armonía con ellos y resolviendo admirablemente el problema de las relaciones entre el patrón y el trabajador, al grado de conquistarse una estimación casi filial de los que colaboran a su lado.

Sentimos no poder reproducir la conferencia en toda su extensión, por falta de espacio. Al dedicarle estas líneas hemos querido solamente no dejar pasar la oportunidad sin expresarle nuestra vieja admiración por la labor de toda su vida, tan llena de enseñanzas y tan meritoria, que consideramos que es de las pocas, de las muy pocas que al terminar, al cerrar los ojos para siempre pueden decir llenas de orgullo:

—He cumplido con mi deber....

Del Sr. Benito Javier Pérez Verdía.—Abogado.

Agosto 24 de 1922.

Sr. Dn. Carlos B. Zetina.—Tacubaya, D. F.

Muy estimado y fino amigo:

Tengo el gusto de acompañar dos escritos, uno publicado en el periódico "El Presente" y el otro en "Excelsior" con mi nombre, referentes ambos a la vibrante conferencia que dió Ud. sobre el delicado problema social que ojalá fuese orientado de acuerdo con las indicaciones dictadas por la experiencia y conocimientos de Ud.

Ya sabe que lo aprecia su afmo. atento y amigo S. S.

Benito Javier Peréz Verdía.—Rúbrica.

Del señor Baraquiel Calva y del Pozo.—Calle del 16 de Septiembre, número 909.—Puebla.

Agosto 25 de 1922.

Sr. Dn. Carlos B. Zetina.—México, D. F.

Muy distinguido y fino amigo:

En los periódicos del día 23 de los corrientes que se publican en aquella Capital, he visto la importante conferencia que se dignó Ud. dar al público, que se honró escuchándola, en asunto tan trascendental y útil para los tiempos que corren en que la especulación de muchos malos hijos de México, por rellenarse los bolsillos con oro de la Nación, siembra tantas perversidades que vierten sin ninguna experiencia. Lamento no haber estado en aquella Capital, por no haber sido de los honrados escuchándola y con mi mejor aplauso hacia Ud. me permito decirle que reciba mi felicitación por lo efectuado, y que al admirar a hijos como Ud. de nuestro México querido, aún creo que no agonizará, porque en sus agonía al contemplar a su preclaro ciudadano Carlos B. Zetina, dejará deslizar una sonrisa en señales de vida.

Con mis afectuosos saludos, sabe, quedo como siempre su afmo. atto. amigo y S. S. que lo estima.

Baraquiel Calva y del Pozo.—Rúbrica.

De "Pelotazos", agosto 27.—Dn. Quieto.

Ya hemos oído muchas disertaciones a propósito del Capital y del Trabajo, sin que hasta la fecha, es decir, hasta que habló el Sr. Dn. Carlos B. Zetina, hayamos escuchado más que disparatadas vulgaridades. Era lógico, Siempre escuchamos la palabra "interesada" esto es, la palabra de un afectado en sus intereses, que, en ocasiones era un obrero y en otras un intelectual en funciones de legislador o simplemente de nombre de nombre de letras, puesta al servicio del capital.

Esta vez ha sido el capital quien ha dejado escuchar sus teorías, por boca de uno de sus más conspícuos representantes, por un representante a quien nadie, ni obreros ni capitalistas, pueden tildar de incompetencia ni egoísmo, porque es un hombre de sano corazón que predica con el ejemplo, que practica lo que dice, y que la experiencia le ha brindado bellísimos frutos.

Tiene razón el señor Zetina cuando afirma que el problema obrero no ofrecería el pavoroso aspecto que presenta en la actualidad, si los patrones se hubieran preocupado por dirigir a sus obreros, educándolos y atendiendo a sus necesidades con la mente despejada de todo egoísmo.

Efectivamente, el egoísmo del capital ha sido el único culpable del desquiciamiento actual. Esta verdad está demostrada con sólo fijarse en el curso y solución de cuanta huelga hemos presenciado. Comienza todo movimiento obrero para solicitar, pongo por caso, determinado aumento de jornales. El capital se indigna y contesta airado que no concede ni cuartilla. Declárase la huelga y al cabo de hache, la huelga se soluciona por concesión del Capital, no sólo a lo que en principio se solicitaba, sino a otra porción de cosas más que fueron añadiendo los obreros en el transcurso de la holganza.

Este hecho que casi diariamente estamos presenciando, prueba hasta la evidencia, que las peticiones de los obreros eran justas. Y yo pregunto: ¿si eran justas, por qué esperar a que las pidan, por qué no otorgárselas voluntariamente, "cristianamente"?

Este es el secreto de la prosperidad creciente en la negociación industrial del Sr. Zetina. Para nadie es un misterio el amor que sus obreros sienten por él. El Sr. Zetina no es el patrón por el solo hecho de ser el dueño de su negocio; lo es también por la voluntad de sus obreros que respetan en él, al hombre bueno, que se interesa por mejorarlos material y espiritualmente, que los aconseja, que los consuela, que está siempre atento y vigilante para poner por sí mismo el remedio donde quiera que encuentra el más pequeño mal.

De "Excelsior", agosto 22.

Muchas son ya las personas que han ocupado la tribuna de la Confederación para externar sus opiniones sobre los diversos aspectos que presentan los estudios que se están llevando a cabo, pero indudablemente el tema tratado anoche por el Sr. Zetina es de los que han llamado poderosamente la atención de cuantos se interesan por estos asuntos de trascendental importancia para nuestro país y para el mundo entero ya que las inquietudes esenciales de la vida moderna giran alrededor de los vitales problemas que han surgido de las diferencias entre las dos fuerzas supremas: el Capital y el Trabajo.

Creemos innecesario hacer a nuestros lectores una presentación de Dn. Carlos B. Zetina, ya que su personalidad es de sobra conocida en todos los círculos industriales y de trabajo. Hombre dotado de inteligencia y de carácter admirable para la lucha, ha logrado ocupar uno de los primeros puestos en el desenvolvimiento industrial de su país. De ahí que su práctica de largos años de lucha y su experiencia en los problemas del trabajo, lo capacitan como a nadie para tratar el importante asunto, tema de su conferencia de anoche.

De "Cronos", martes 22 de agosto.

Conferencia de Dn. Carlos B. Zetina sobre "Trabajo y Capital."

Sabido es que la Confederación de Cámaras Industriales ha organizado una serie de conferencias sobre estudios y reformas sociales, que han despertado un gran interés y que están siendo sustentadas, no por teóricos que van nada más a parafrasear a autores más o menos conocidos, sino en la vida misma que es la mejor maestra cuando se sabe aprovechar sus enseñanzas.

Tocó sustentar la conferencia de anoche el Señor Dn. Carlos B. Zetina, conocido industrial que puede presentarse como el tipo del hombre que ha luchado mucho con la vida y ha logrado formarse a sí mismo como dicen los ingleses "Self-made man"....

...No habló el Sr. Zetina de memoria al tratar de las relaciones entre el trabajo y el capital, pues habiendo empezado desde los escalones inferiores como obrero, para llegar a ser después un capitalista, ha podido conocer la vida en estos dos aspectos y por consiguiente sus observaciones y las conclusiones a que llega son el resultado de la propia experiencia...

....Es consolador que en los momentos en que la oleada bolshevique nos amenaza haya hombres que como Dn. Carlos Zetina, que por su conocimiento de la vida, por su buen criterio y por su independencia económica que le permite opinar con un sin pretender ni al gobierno ni a las multitudes como desgraciadamente lo hacen la mayor parte de nuestros intelectuales que viven de la política; señalen con precisión los males reinantes y contraríen la sustitución de las energías individuales por esa tendencia al colectivismo que nos invade y que amenaza matar toda iniciativa propia para convertir al ciudadano en una simple ficha, en una insignificante unidad del mecanismo sindicalista que hasta ahora sólo ha aprovechado a sus jefes y a los políticos que lo manejan.

De "El Heraldo de México", 22 de agosto de 1922.

De grande importancia fué la conferencia que ayer en la noche en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros, sustentó el Señor Senador Don Carlos B. Zetina, miembro de la Confederación de Cámaras Industriales de México, organizadora de una serie de conferencias, que tiendan a atraer la atención de todos los elementos de la sociedad hacia los temas de actualidad social que ocuparán en adelante las actividades del Instituto de Estudios y Reformas Sociales.

El salón de actos de la mencionada Escuela Nacional de Ingenieros, se vió pletórico de una numerosa concurrencia, formada por gran número de intelectuales, de conocidos industriales y comerciantes y gran cantidad de obreros que también acudieron a escuchar al conferencista, dado que el tema que iba a desarrollar el Señor Senador Zetina, era sobre "El Trabajo y el Capital" tema de palpitante actualidad y que

nadie mejor como el conferencista antes aludido, podía tratar, dado que él, como industrial, se ha dado a conocer ampliamente en sus relaciones con sus obreros.

Sr. Carlos B. Zetina.

Presente.

Respetable señor:

Los que suscribimos suplicamos a Ud., atentamente, se sirva aceptar nuestro humilde pensamiento, reconociendo y haciendo justicia a su notable conferencia:

LA FILOSOFIA GRANDIOSA QUE ENCIERRA LA CONFERENCIA DEL SR. CARLOS B. ZETINA, SOBRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO, LLEGO A CONVENCER AL OBRERO HONRADO Y CONSCIENTE DE LA FABRICA DE CALZADO "EXCELSIOR".

J. Jesús Trejo.—Jesús Miranda.—Delfino Vega.—Agustín E. Ferreyra.—Enrique Hernández.—Agustín de la Brena.—J. Clicerio Pérez.—Carlos R. Vértiz.—Francisco Brambila.—José Garibay.

26671

END OF
TITLE